

Editorial

¿Una escritura intransitiva?

POCO DESPUÉS DE iniciarse la andadura de la Unidad de Estudios Biográficos (UEB), como centro de investigación y archivo de todo tipo de material autobiográfico, gracias a la subvención económica facilitada por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (DGICYT), surgió la necesidad de disponer de un instrumento de difusión que, al mismo tiempo y en la medida de nuestras posibilidades, pudiera contribuir a la generación de algún conocimiento en torno a la autobiografía en España e Hispanoamérica. De inmediato brotó la idea de una revista. ¿Y por qué no comprometernos a un boletín anual? Lo cierto es que, en todas direcciones, se advierte una atención creciente por los géneros autobiográficos y, en definitiva, por conocer el humus personal, las circunstancias en medio de las cuales un individuo vive y se proyecta. No creo que los estudios universitarios puedan permanecer del todo ajenos a esta realidad que viene avalada por una fortísima demanda social. Como recordaba Víctor de la Serna, hablando de su madre Concha Espina, no está de más que una sociedad sienta la necesidad de restaurar los fondos vitales de algunos de los individuos que la conforman o la han conformado. Son tal vez los únicos capaces de dotar de relieve -psicológico, anecdótico, moral ...- la inevitable opacidad de toda obra humana. Quizá lo que ha cambiado en los últimos años es el tratamiento de esos fondos vitales, que siempre han despertado interés (Plutarco, John Dryden, Middleton, Samuel Johnson, Sainte-Beuve, Anatole France, Charles du Bos, Georges Misch, Lytton Strachey, Stefan Zweig, Ortega y Gasset, Antonio Espina, Emil Ludwig ... por dar algunos nombres), pero que ahora reciben el impacto de una nueva preocupación por su estatus ontológico.

En el marco de la filosofía de la subjetividad, la noción de sujeto (sin la cual el término autobiografía y sus aledaños resultaría inoperante) se ha problematizado enormemente -Nietzsche, Freud, Heidegger, Lacan ...: ahora sabemos que no pasa de ser un constructo intelectual, eficaz desde el punto de vista epistemológico, pero en la configuración del cual confluyen elementos de carácter ilusorio. Nada tan maleable, además, oscuro y al mismo tiempo trivial, subjetivo, que la propia identidad: «Estas lleno de secretos a los que llamas Yo» dejó escrito Edmond Teste pensando, posiblemente, en lo difícil que resulta penetrar los propios abismos, el misterio de

toda existencia. En este sentido, se apunta como una tarea fascinante el poder analizar el modo a través del cual esa borrosa y conflictiva noción de sujeto, que a todos acompaña, suele cristalizar en un yo textual rotundo y homogéneo.

En el ámbito de la especulación y la teoría, la crítica norteamericana, con la francesa, son las principales renovadoras del canon literario de la autobiografía (y sobre eso está claro que aquí no podemos presumir). Así, las nociones de diferencia, otredad, espejismo, sujeto... se manejan en los estudios sobre el género hasta límites a veces insostenibles para el lector común, pero que han logrado sacudir la inercia de prejuicios cuya vigencia parecía no tener fin. De modo que nos hemos alejado ya, por fortuna, de tópicos rancios y simplificadores según los cuales, por ejemplo, el español es poco dado a la confesión, nuestra literatura carece de textos reveladores, si quiera de textos apreciables y... bla, bla, bla. Hay mucho de prejuicio en considerar el raleamiento de la literatura autobiográfica en lengua española (la expresión es de Guillermo de Torre), pero, en efecto, la sensibilidad hispánica dista de ser la común en el mundo anglosajón. Quiero decir que no es infrecuente aquí considerar el estudio de los materiales autobiográficos de que disponemos como una labor investigadora secundaria, en cierto modo vergonzante, cuando no morbosa o dispuesta a hurgar en vidas ajenas, olvidándose de que éstas -hélas- han legado un testimonio de sí.

En fin, es cuestión de tiempo. Como afirmara Demócrito, las cosas nobles se comprenden mediante el estudio y solamente a través del esfuerzo; por el contrario, lo innoble se recoge sin esfuerzo. Y estoy convencida de que la nuestra es una tarea que merece el respeto de los estudios literarios, de las disciplinas humanísticas en general, pues la autobiografía en sentido amplio (que incluye memorias, diarios, confesiones ...) constituye un medio excelente para el mejor conocimiento del hombre contemporáneo, en su pluralidad, pues su testimonio nos permite extender la propia experiencia a ámbitos que no son familiares, incluso que pueden resultarnos por completo desconocidos. Pensemos en ciertas autobiografías y memorias: las de André Gide, Simone de Beauvoir, Arthur Koestler, Primo Levi, Juan Goytisolo...

El acto autobiográfico, por más que haya quien se obstine en considerarlo sencillamente una escritura, conlleva una tentativa de auto-conocimiento (y por supuesto de autorrepresentación) en la que aparece comprometida la noción de individualidad frente al mundo, con la tensión e incluso el conflicto interior que, se reconozca o no, todo desarrollo lleva consigo: «un ser humano es alguien que ha luchado en la vida», le recuerda al joven Elías Canetti su altiva madre en cierto pasaje de *La lengua absuelta*. Es un pulso inevitable que para muchos filósofos de la subjetividad no ha hecho sino incrementarse en la época moderna (Lasch, Sennett, Giddens, ...), debido a la creciente complejidad de la vida social: el yo de la sociedad moderna -afirma Giddens- es frágil, quebradizo, fracturado, fragmentado. Y esta concepción es, probablemente, el punto de vista más destacado en los debates actuales acerca del yo y la modernidad.

De modo que toda autobiografía es de naturaleza bipolar porque no sólo deja constancia de la aventura del hombre *sub specie aeternitatis*, en lo que tiene de común con todos los de su clase, sino que nos permite el acceso a un pasado concreto, único, irreplicable. ¿Qué puede un hombre? (de nuevo, *Monsieur Teste*). Entre otras cosas -como sentir, sufrir, comprender, actuar ...- un hombre puede recordarse, mantener un diálogo con el tiempo, acaso la base de todo proyecto de autorrealización. En este sentido, es posible considerar la autobiografía como indicio del yo interior del individuo, aunque como todo acto altamente formalizado requiera buenas dosis de elaboración y capacidad creativa. ¿Se trata pues de una escritura intransitiva, narcisista, ensimismada en su propia contemplación? Sí y no. Sí porque implica una reflexión digamos heurística sobre la propia identidad. Y no porque su naturaleza es complementaria, anda a la busca de un interlocutor que le exonere de tanta soledad biográfica acumulada. Creo que todo lector, especializado o no, de obras autobiográficas, es consciente de esa utópica convergencia en un espacio de común revelación.

No se trata, la nuestra, de una revista estrictamente académica y por tanto pensada tan sólo para un público universitario, pero tampoco tenemos la intención de caer en la frivolidad. De manera que nuestro propósito no está exento de cierta dificultad

al querer fundir en nuestro trabajo la magia que encierra toda vida humana con el rigor del análisis textual. Creo que éste primer número ilustra bien ese doble objetivo del *Boletín de la UEB*. Por una parte, con aportaciones de textos autobiográficos inéditos, de muy variada índole: los de Gil Albert, Manuel Pacheco, Isabel Oyarzábal y Vicente Gracia.. Gil Albert, por ejemplo, nos ofrece un *marco*, estático y sincrónico, de su vida en el cual poder situar su obra poética, mientras que Vicente Gracia se propone evocar los elementos dispersos que han ido configurando su existencia, en medio de un notable caos. Y es que, como recuerda Jung en sus memorias, la historia de una vida comienza en alguna parte, en un lugar cualquiera del que apenas se guarda recuerdo, e incluso, ya en el origen, todo fue ya de lo más complicado. En segundo lugar, se ofrecen algunas reflexiones dignas de ser expuestas pues se apoyan en cristalizaciones personales que arrancan de un interés común por la reflexividad de la escritura. Los trabajos de Lejeune, Romera Castillo, Espada, Soria Olmedo, Alberca, Espinet y Aznar, así como el enriquecedor diálogo sostenido con el escritor navarro Miguel Sánchez-Ostiz constituyen el aporte crítico, insoslayable en nuestra labor, y reflejo además

de una libertad metodológica que nos parece fundamental. Por último, las reseñas sobre publicaciones recientes no tienen la menor pretensión de exhaustividad, aunque sí la de reflejar la actualidad, riqueza y pluralismo del autobiografismo en España e Hispanoamérica.

Nos queda para el final la tarea más grata y es la de agradecer muy cordialmente la simpatía y el interés manifestados por la UEB. Mención singular merecen los nombres de Antonio Martínez Sarrión, Francisco Caudet, Guy Mercadier, José Romera Castillo, Philippe Lejeune, Arcadi Espada y Miguel Sánchez-Ostiz por su generosa colaboración. Gracias a José Manuel Bleuca y a Joaquín Marco por sus donaciones, que fueron las primeras, a nuestro archivo autobiográfico, abierto a todos. Por último y de manera muy personal debo agradecer a los más directos colaboradores de la UEB, esto es, Amparo Hurtado, Begoña Huertas, Cristóbal Pera y Ricardo Fernández su ayuda y su entusiasmo. Sin ellos, y sin la eficacia de Adela Mejías, la revista no habría pasado del capítulo de las buenas intenciones. En cambio, ahí está. En cuanto a los errores, sin duda son cosa mía.

Anna Caballé